

Sección: Comunicación especial

Palabras para el homenaje tributado a la doctora Angela Restrepo Moreno, Ph.D. durante el XI Congreso Colombiano de Medicina Interna, Cali, octubre 14 de 1990

Efraim Otero Ruiz, M.D., Ph.D.*

Señoras, señores:

La manifestación caudalosa de aprecio, de reconocimiento y de admiración que tributamos hoy a Angela Restrepo en este Undécimo Congreso Colombiano de Medicina Interna tiene el carácter de un homenaje nacional. Porque distinguimos en ella no sólo a la investigadora eminente, micóloga médica de altas proyecciones nacionales e internacionales, sino sobre todo a la maestra incesante de juventudes, que antes que con sus lecciones, con su vida y su ejemplo, ha formado incontables generaciones que hoy se proyectan en la perspectiva científica de la patria.

Cuando la generosidad de Janssen Farmacéutica de Colombia me propuso para que fuera el orador en esta solemne ocasión, no vacilé un momento en aceptarlo, porque considero que los homenajes se deben hacer en la presencia viviente de las personas, cuando ellas, como en el caso de Angela, se encuentran en el cenit de su productividad científica. Y porque sería motivo de imperecedero orgullo para mí el poder expresar públicamente lo que ya tantas veces he repetido en privado, y es que la homenajeada de hoy resume espléndidamente lo mejor que puede mostrarse del talento investigativo colombiano.

Nacida y criada en Medellín en el seno de una prestigiosa familia antioqueña, Angela estudió su carrera de Tecnología Médica en el Colegio Mayor de Antioquia y desde su terminación se incorporó al cuerpo docente de Microbiología y Parasitología de la Facultad de Medicina de la Universidad, donde rápidamente avanza hasta el cargo

de Instructora en Microbiología. En ese momento, finales de los años cincuenta, decide que lo mejor para su carrera es realizar un postgrado y efectivamente ingresa, en los Estados Unidos, a la Universidad de Tulane donde obtiene su M.Sc. en 1960 y su Ph.D. (ambos en microbiología) en 1965, no sin antes discurrir un interregno investigativo como Profesora Asociada de su Universidad de Antioquia en algunos de esos años.

Detengámonos un momento a pensar lo que fue la Universidad de Tulane en esa década de 1950 a 1960 y lo que ella significó en la formación de investigadores para Latinoamérica. Fundada a finales del siglo XIX en New Orleans, esa ciudad que agrupa culturas españolas, francesas y norteamericanas en las bocas del río Mississippi, la Universidad había cimentado el prestigio de su Escuela de Medicina durante el período subsiguiente a la II Guerra Mundial, habiendo recibido, por su proximidad en el Golfo de México, gran cantidad de estudiantes centro y suramericanos, en parte producto también de la vecindad de una famosa clínica, la Clínica Oschner, que derivaba gran parte de su clientela de esos países. Por eso mismo, y por tratarse de una región de los Estados Unidos casi "sub-tropical" donde permanecieron, hasta bien entrado el siglo XX, muchas de las mismas endemias que nos afligieron y nos afligen en nuestros países, la Universidad se fortaleció especialmente en las áreas de medicina tropical, de parasitología, de microbiología y eventualmente de bioquímica. En esa forma y gracias a las facilidades de entrenamiento que en esa época aportaban la Oficina Sanitaria Panamericana, la Administración de Cooperación Internacional y el Punto IV, muchos de nuestros jóvenes graduados pudieron viajar a matricularse en Tulane para escuchar las sabias enseñanzas de un

* Presidente de la Academia Nacional de Medicina, Bogotá, Colombia.

profesor Beaver o de un doctor Faust, quienes además establecieron una interacción continua con varias de nuestras universidades, viajando ellos mismos a dictar conferencias o a realizar trabajos de campo, dejando en ocasiones instituciones que prolongan su prestigio, como es el CIDEIM de Cali, iniciado como un proyecto cooperativo Tulane-Universidad del Valle y que hoy, 30 años después, se proyecta como fundación privada, centro de excelencia investigativa, así designado por la Organización Mundial de la Salud.

Visité a Tulane algunas veces en la misma época en que Angela allí estudiaba, y me pude dar cuenta de la efervescencia que ese ambiente despertaba entre los estudiantes graduados de nuestras latitudes, porque encontraban allí puntos de aproximación que eran difíciles de hallar en universidades americanas situadas más al norte. Algún día habrá que reconocer con estruendosa gratitud la influencia que Tulane ha ejercido en la formación de muchos de nuestros investigadores más brillantes.

Desde sus trabajos como estudiante de postgrado, Angela se interesó por el vasto capítulo de las enfermedades causadas por los hongos patógenos y en especial por las micosis sistémicas. Era, por supuesto, una época portentosa, pues con el advenimiento y la generalización de la antibioticoterapia, de la terapia con corticosteroides, de la radioterapia y la quimioterapia sistémicas en el tratamiento del cáncer, los hongos patógenos -en su papel general de oportunistas- venían adquiriendo una creciente importancia clínica, que se ha ido aumentando con el curso de los años. Pero además, desde mucho antes se había observado que las infecciones micóticas primarias tienen distribuciones geográficas definidas: de ahí las repetidas alusiones latinas a lugares geográficos en sus clasificaciones científicas (brasiliensis, mexicana, suramericana, etc). Obviamente que ese confinamiento geográfico se ha roto a medida que las comunidades adquieren una mayor movilidad gracias a los vertiginosos avances en el transporte entre regiones y países. Pero de todos modos estando ahí, en las bocas del Mississippi y en contacto con muchos inmigrantes de Centro y Sur América, y con las patologías que había ya observado en su nativa Colombia, era lógico que nuestra estudiante graduada se inclinara por esos aspectos, y particularmente por la paracoccidiodomicosis (antes llamada blastomicosis suramericana), en la cual Angela ha llegado a ser con el tiempo una autoridad continental y mundial.

De ahí que al regresar a su Universidad de Antioquia, primero como Profesora Asistente y Asociada del Departamento de Microbiología, como Jefe del Laboratorio de

Micología de 1962 a 1976 y luego como Titular de Cátedra y Jefe del Departamento desde 1974, Angela se preocupara continuamente no sólo por la enseñanza sino por la investigación clínica y de laboratorio de dichas micosis, adentrándose en su identificación y despistaje clínicos, sus mecanismos de transmisión, los cuadros patológicos producidos y fundamentalmente los métodos de tratamiento. Ya en su brillante intervención, Angela nos ha resumido la historia de la terapia antimicótica, reservándose para ella, como ha sido siempre su estilo, un papel inobtrusivo y casi invisible, siendo que ella fue, por ejemplo, uno de los precursores del uso del ketoconazol en Sur América y en el mundo. ¡Qué bello poder narrar así una historia que uno ha vivido y donde uno ha funcionado como actor y como protagonista!

Pero no quiero detenerme más en sus logros investigativos: el total de más de 200 trabajos publicados en diversas revistas de prestigio internacional durante los últimos 30 años son el testimonio elocuente de lo que ha sido una vida dedicada a la investigación y al mérito científicos, pero sin considerarlos como un fin en sí mismos, sino como un medio para poder servir a sus semejantes. El otro aspecto, que quise destacar desde un comienzo, es el de maestra. Porque Angela lo ha sido en toda la extensión de la palabra. Primero, desde las aulas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, donde fue sembrando una pléyade de alumnos, de seguidores y de investigadores no sólo en sus mismos campos de conocimiento sino también en disciplinas afines. Después, cuando esa misma Universidad, en épocas de agitación política de todos conocidas, se tornó contra ella en forma por demás poco gallarda, Angela, con otros eminentes compañeros de profesorado, resolvió formar tienda aparte y crearon el CIB, la Corporación de Investigaciones Biológicas, que desde entonces ha brillado con luz propia en el firmamento científico nacional; y donde Angela ha sido, desde 1978, investigadora y Directora del Laboratorio de Micología. Prueba de ello, los diversos trabajos presentados por el grupo del CIB en este mismo Congreso.

Pero hay una anécdota quizás poco conocida y que vale la pena repetirla. Recién abierto el CIB, en el lógico estado de penuria económica con que se inician la mayoría de nuestras instituciones de salud, Angela estaba sin equipos pues sus laboratorios se habían quedado atrás, en la Universidad de Antioquia. Conocedora de esta situación, una eminente profesora y amiga suya, la doctora Ruth Campbell, decidió donarle a ella y al CIB todo su laboratorio, ya que, según su misma frase, "no se podía frustrar ni detener una carrera tan brillante y tan prometedora

como la de Angela". Conozco todo el episodio porque COLCIENCIAS, bajo mi dirección en ese entonces, intervino para ayudar a trasladar los equipos desde los Estados Unidos a nuestro país. ¡He ahí uno de los más hermosos ejemplos de solidaridad científica internacional, tan escasa en nuestros días! Solidaridad científica que se demostró también, cuando años más tarde, los directivos de Janssen decidieron dotar al CIB de amplio auditorio y pabellón clínico en el Hospital Pablo Tobón Uribe, que ha albergado a la institución desde sus comienzos.

Y qué decir de los premios y las distinciones honoríficas. Desde su tesis de grado laureada en 1955, Angela ha recibido entre nosotros el Premio Andrés Posada Arango, de la Academia de Medicina de Medellín, y el título de Miembro Honorario de la misma en 1977; el Premio Lederle otorgado por este mismo Congreso en 1976, después que había sido elegida Miembro Honorario de la Asociación Colombiana de Medicina Interna, 2 años atrás; y el Premio Emilio Robledo del Colegio Médico de Antioquia en 1983. Internacionalmente recibió el Premio Ernest C. Faust en su época de postgrado; el Premio de la Sociedad Internacionald de Micología Humana y Animal en 1979; y hace apenas unos meses acaba de recibir, en Los Angeles y en ceremonia especial, el Premio y Medalla Rhoda Benham de la Sociedad de Micología Médica de las Américas, condecoración establecida en memoria de la distinguida investigadora americana fallecida en 1957.

Ya arriba destacué dos veces su papel de maestra. Y obsérvese que he dicho "maestra" y no "profesora", pues, como ella misma nos lo definía bellamente en un sim-

posio realizado a comienzos del año en Medellín y en donde nos habló sobre "la formación de investigadores", no basta la enseñanza académica desvelada ni la disciplina férrea en el trabajo investigativo: para la formación de discípulos, de jóvenes investigadores, se necesita ante todo que haya amor, cariño y comprensión. Las estadísticas que nos presentaba en ese simposio del número de investigadores salido de su laboratorio y de sus enseñanzas, bastaría para llenar muchas páginas con las hojas de vida de quienes hoy ocupan, por derecho propio, lugar destacado en la investigación y la docencia nacionales.

Antes que todo, Angela Restrepo ha sido un modelo de dedicación, de constancia y de sindéresis. Discreta y sencilla en su proceder y en su trato, nunca ha vacilado sin embargo en defender abiertamente sus posiciones científicas en reuniones nacionales o internacionales, ni en clamar, como lo ha hecho siempre, por el derecho de los investigadores a tener un clima de trabajo más propicio, más remunerativo y mejor dotado en el país. Pero siempre con un sentido de la cordialidad, del respeto y la hidalguía, que resaltan su figura en las reuniones en que ella participa; por donde ella pasa podría decirse, como en el soneto de Martínez Mutis, que a su paso "...con ritmo de homenaje -se alza un murmullo unánime de la alameda gris!"

Por ello, este día todos podemos decir emocionados:

¡Angela, es un privilegio y un orgullo tenerla con nosotros!

Muchas gracias.